

Mujer y sociedad en *Dos días de setiembre*

La primera novela de José Manuel Caballero Bonald, *Dos días de setiembre*¹, publicada en 1962, responde a los presupuestos del realismo crítico y testimonial que caracterizan a la narrativa española de los años cincuenta. Situada en una pequeña ciudad agrícola-industrial andaluza, réplica fiel de Jerez de la Frontera, la ficción, con independencia de su calidad literaria, tiene valor de documento sociológico, desvela la situación de opresión y de injusticia en la que durante siglos vivió la España rural de los grandes latifundios; una España que en 1960 –año en el que está fechada la acción del relato– no parece muy distinta, a juzgar por la novela, de la que habían denunciado Jovellanos en el siglo XVIII, los «regeneracionistas» en el XIX y, ya en el XX, los integrantes de la generación del 98. El primer dato histórico-sociológico que la obra de Caballero Bonald confirma es la persistencia, en la segunda mitad de nuestro siglo, del inmovilismo, el atraso y la pobreza de la España subdesarrollada y rural, que entonces podía identificarse con casi toda España. En el tiempo de la ficción esas circunstancias estaban agravadas por los efectos de la guerra civil, un hecho que la novela señala de muchas maneras. Algunos personajes todavía viven atormentados por el recuerdo y las consecuencias de la

(1) Seix Barral, Barcelona, 1962. Todas las citas al texto de la novela se refieren a esa edición.

guerra y de los años más difíciles de la posguerra. Sin embargo, *Dos días de setiembre* también insinúa que en 1960 algo comenzaba a cambiar en España. En esa fecha estaba recién iniciado o a punto de iniciarse –aunque entonces sus efectos se notaran poco– el proceso de industrialización que alteraría radicalmente las estructuras y los comportamientos sociales del país.

Las peores consecuencias de esa situación propiciadora de todo tipo de injusticias recaen sobre los desposeídos, tanto hombres como mujeres. Se trata de un problema de clases o de posición social, de «tener o no tener». Ese conflicto es el que en primer término *Dos días de setiembre* quiere desvelar, y así lo ha señalado, en general, la crítica. Para Pablo Gil Casado, por ejemplo, la novela es «un testimonio del conflicto de clases y de los abusos que padece el jornalero»². Pero Gil Casado ignora o pasa por alto que Caballero Bonald pone también en evidencia otros conflictos y abusos que, antes que de las diferencias de clase, dependen de las diferencias de sexo. En la red de relaciones de opresión y de enajenación que el relato –espejo de la realidad– refleja, la condición femenina resulta ser no sólo una circunstancia agravante de los infortunios sufridos por todos los desposeídos, sino que determina unas peculiares formas de marginación y sumisión que, en distinto grado, se observan en las mujeres de cualquier nivel social. Así, con independencia de las dos grandes categorías en las que suele dividirse la extensa galería de personajes que *Dos días de setiembre* presenta –los terratenientes y los jornaleros– se podría proponer, teniendo en cuenta condicionamientos más complejos que los puramente económicos, otra distribución de los personajes en dos diferentes grupos: el masculino y el femenino. La novela proporciona algunos datos objetivos de los que el lector puede deducir la oportunidad de esa clasificación, y las servidumbres y limitaciones que implica el hecho de pertenecer al segundo grupo.

En muchos pasajes de la novela el narrador se atiene a la técnica behaviorista o «de la mirada», presenta más que expli-

(2) *La novela social española*, Seix Barral, Barcelona, 1973, p. 287.

ca. En *Dos días de setiembre* «vemos», entre otras figuras más ambiguas, a los latifundistas todopoderosos, a los capataces de sus cortijos, a los asalariados, y por sus actos y sus palabras podemos entender sus problemas. Dentro de tan abundante y contradictorio conglomerado humano, a la mujer también la vemos, pero relativamente poco.

La escasa o esporádica presencia femenina en el relato no se debe, como alguien podría suponer, a una actitud discriminatoria por parte del autor; la discriminación está en la sociedad que le sirvió de modelo para elaborar su ficción.

La mayor parte de la novela transcurre en escenarios públicos (tabernas, bares, el casino, la calle) o en centros de trabajo (viñas, bodegas), y todos esos espacios le estaban tradicionalmente vedados en España a la mujer pretendidamente honrada, que debía evitar frecuentarlos si no quería perder consideración social. El narrador de *Dos días de setiembre* se limita a registrar ese hecho, que ya había sido señalado a principios de los años veinte por el poeta argentino Oliverio Girondo en un ingenioso poema dedicado a la popular calle sevillana de *Sierpes*, que termina con esta expresiva anotación: «Cada doscientos cuarenta y siete hombres, / trescientos doce curas / y doscientos noventa y tres soldados, / pasa una mujer». La proporción de curas³ y de soldados está irónicamente exagerada, pero así eran, cura más o cura menos, las calles de muchas ciudades españolas, las andaluzas en particular, hace tan sólo treinta y cinco o cuarenta años, y así tenían que ser en buena lógica las calles que Caballero Bonald, escritor en ese momento realista, describe en *Dos días de setiembre*. El lugar reservado a la mujer en aquella España estaba definido en un conocido proverbio que implica un diagnóstico moral de la sociedad que lo acuñó: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa».

(3) La abundancia de curas explica tal vez la escasez de mujeres; en un pasaje de *Dos días de setiembre* (p. 202), es el cura párroco de Albarrán el que excluye a las mujeres de una comida para pobres organizada por el latifundista don Andrés.

De esa limitación espacial se derivaban otras limitaciones de carácter moral y social muy graves. El proverbio citado ya presupone la invalidez –«la pierna quebrada»– de la mujer «decente». La invalidez se observa, sobre todo, en el mundo del trabajo, que la doctrina de la Iglesia y las leyes del período franquista deseaban privativo del hombre⁴. El texto de Caballero Bonald confirma que, fuera de casa, la mujer sólo podía dedicarse –al menos en la pequeña comunidad andaluza que describe– a dos actividades remuneradas: dentro de otras casas, igual que en la suya, al servicio doméstico; y fuera del ámbito de la domesticidad, a la prostitución. Las escasas figuras femeninas que *Dos días de setiembre* presenta en calles y lugares públicos son siempre eso: «mujeres de la calle» o «mujeres públicas», eufemismos habituales para designar a quienes ejercen «el oficio más viejo del mundo». Se trata de personajes marginales cuya patética degradación está en casi todos los ejemplos expresa o indirectamente indicada por el narrador, unas veces poniendo en evidencia actitudes desgarradas o de desamparo, y otras subrayando la fealdad, la miseria o la suciedad de las cosas que las rodean.

En el capítulo 4 de su primera parte, la novela presenta en una taberna a «una mujer de saya maloliente y desteñido pañolón. Bebía junto a un barril de duelas deslabazadas. Tenía los ojos semicerrados, inseguro el ademán, una chapeta violácea en cada mejilla» (p. 39). A ella se le sumarán «tres mujeres desharrapadas, distribuyéndose por la taberna como si les hubiese llegado la hora de cumplir con una diaria y penosa obligación» (p. 40). No hace falta tener mucha imaginación para adivinar

(4) «La tendencia del nuevo Estado a que la mujer dedique su atención al hogar y se separe de los puestos de trabajo», como indicaba una orden ministerial de 1938, constituía un principio programático con incidencias no sólo laborales, sino también morales. Por otra parte, las prédicas de obispos y sacerdotes coinciden en atribuir a la dedicación de la mujer al trabajo fuera de su casa fermentos disolventes y ocasiones de peligro moral. Véase Daniel Sueiro y Bernardo Díaz Nosty, *Historia del franquismo*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1977, Vol. II, p. 124.

cuáles son esas obligaciones diarias y penosas. El capítulo 5 presenta en una bodega a otras tres mujeres que un grupo de señoritos trasnochadores «habían sacado de casa de la Chacóna. Una, la más morena, era catalana. Las otras dos habían nacido por allí cerca y ninguna tendría más allá de veinticinco años» (p. 55). En su largo recorrido por las calles y bares de la ciudad (capítulo 12), Miguel Varela –como Oliverio Gironde en el poema citado– sólo se encuentra con una mujer: «una muchacha de largo pelo suelto y piel aceitosa y oscura. Llevaba un vestido demasiado corto para su talla, exageradamente ceñido al cuerpo. Se asomaba al bar con un mal compuesto aire de descaro. Cuando Rafael se volvió, le sacaba la lengua» (p. 179). Se trata de Matilde, que en opinión de otros personajes es «una furcia, ... una niñata que se las traga dobladas», estimulada por su madre, que vive del mismo oficio.

En el capítulo 3 de la segunda parte volvemos a encontrar a dos mujeres, llevadas a una «venta» para participar en una «juerga» flamenca. «La más jovencita hablaba con don Felipe, haciéndole carantoñas con una interesada y empalagosa ostentación» (p. 223). Llevaba, según ella misma confiesa, menos de dos meses «en la vida». Cuando está comenzando a amanecer (capítulo 7), una pareja desayuna en un café. «La muchacha era casi una niña. Llevaba el pelo suelto y la boca mal pintada por fuera de los labios. Comía con una ansiosa torpeza; mojaba los churros en el vaso y se le escurría el café con leche por la barbilla. Su acompañante estaba fumando sin hacerle caso. Tenía traza de peón de albañil, ... se habrían acabado de levantar» (p. 275). A la misma hora (capítulo 8) «una mujer había llegado hacía poco» al bar *La Perla*, atestado de madrugadores y trasnochadores. Un hombre «con facha de conserje»⁵ le hace una pro-

(5) La explotación sexual de la mujer puede verse en la novela como un problema de clase: sólo las pertenecientes al grupo de los desposeídos estaban disponibles para ese tipo de comercio. Pero de él se aprovechaban todos, tanto don Gabriel y don Felipe como un tipo con «traza de peón de albañil» o con «facha de conserje».

puesta al parecer insuficiente, pues recibe una tajante negativa: «Olvídame, muñeco» (p. 281).

Ese es el inventario exhaustivo de los personajes femeninos que la novela presenta en lugares públicos. El marco en que aparecen las define: todas son mujeres «públicas» o «de la calle», doce en total frente a la nutrida masa de hombres de la más variada fortuna y condición que en *Dos días de setiembre* pululan por viñas y bodegas, tabernas y bares. La llamativa desproporción que en tales escenarios se observa entre personajes de uno y otro sexo es en sí misma expresiva, vale por todo un comentario social.

A la penosa experiencia que viven esas doce mujeres se llegaba por muchas causas, el hambre especialmente. Pero cualquier desliz, cualquier descuido en la vigilancia de «la honra», que en la mujer dependía fundamentalmente de la virginidad, podía conducir a la misma situación. Una mujer «deshonrada» y pobre –en las clases privilegiadas el problema de la «deshonra» se resolvía de muchas maneras– estaba definitivamente perdida, era para siempre «una perdida», otro eufemismo significativo de la lengua española.

En *Dos días de setiembre*, Encarna ejemplifica esa situación. Ella es una de las figuras femeninas que con más reiteración aparece en el relato, no directamente sino a través de las evocaciones de Miguel Gamero, hijo de los propietarios de la viña donde el padre de Encarna había trabajado años atrás, antes de la guerra civil. Ambos van a ser víctimas de don Felipe, tío y tutor de Miguel, que se aprovechará de los dos niños con malas artes y de maneras diferentes: se apoderará de las tierras de su sobrino, y será el causante de la «deshonra» de Encarnita.

Miguel recuerda (pp. 149-152) las palabras con las que la niña le hizo saber su infortunio: «Tu tío Felipe es un cochino... por la noche entró en el cuarto donde estaba durmiendo y abusó de mí». Miguel, que por entonces tenía quince años, era

incapaz de entender la situación. Ella tiene que explicársela: «Que el sinvergüenza de tu tío me perdió, que ya no soy mocita, ¿te parece poco?». Encarnita era ya consciente de lo que eso significaba: «Cuando a una mujer la pierde un sinvergüenza, eso no se remedia como un desconchón... Cuando a una muchacha la pierden ya no la quieren más que para el trajín». Miguel, niño rico y educado en un internado religioso, tenía una versión muy distinta de la realidad, y reacciona con asombro y con miedo, asume la culpabilidad de quien no tiene más remedio que reconocer como uno de los suyos: «notaba una turbia y acuciante sensación de haber cometido alguna inconfesable atrocidad». El asco moral que le produce un suceso para él inconcebible se traduce en náusea física: «Apenas si conseguía aclararme del todo el verdadero alcance de lo que (Encarnita) me decía. Se me espesaba por el pecho arriba una mezcla de vértigo y de miedo y como unas inconcretas ganas de vomitar». La reacción del niño Miguel debe operar como una catarsis sobre el lector, contagiado de su extrañeza, su asco y su piedad. De ese modo indirecto, sin opinar él mismo, consigue el narrador expresar y hacer compartible el juicio moral que le merece lo narrado.

El futuro de Encarnita es el que ella había previsto. Cuando pasados muchos años Miguel la vuelve a encontrar, «tenía como un extraño descaro, como si hiciese esfuerzos para reírse de su sombra y lo consiguiera con escasa habilidad» (p. 254). Su vida se había deslizado por un «gratuito terraplén por el que se había ido sintiendo empujada» (p. 255). A partir del reencuentro con Miguel mantendrá con él una relación semisecreta. A ambos los unía un común sentimiento de rebeldía, el deseo de vulnerar las normas vigentes en una sociedad que despreciaban. Sin romper la relación con Miguel, acabará casándose con «un vivalavirgen que se agarraba a lo que fuese y al que seguramente por eso le decían "el Tenazas"». Con el matrimonio, Encarna conseguiría transferir al marido la «deshonra» que su conducta representaba para su familia, compensaba –al menos

eso creía Miguel— «un poco los malos ratos que le había hecho pasar a su madre».

A las otras mujeres, las honradas, la novela las presenta siempre en su sitio, dentro de casa; si son ricas, dedicadas a no hacer nada, consumiendo el tiempo en rutinarias actividades piadosas o en conversaciones banales; si son pobres, dedicadas a las serviles «labores propias de su sexo» —otra significativa frase hecha, muy común hasta hace poco en el lenguaje oficial y periodístico⁶.

Dentro de las grandes mansiones de los poderosos, las muchachas del servicio doméstico son figuras habituales y borrosas que friegan los suelos, les llevan a los señores el desayuno a la cama o sirven el té a las señoritas, obedientes a la llamada de un timbre o de una campanilla. Por su parte, las mujeres casadas, confinadas en su miserable vivienda, trabajan en menesteres igualmente alienadores. Las situaciones que presenta Caballero Bonald en su relato indican que ése era el único trabajo asequible a las mujeres, trabajo que tampoco podían realizar fuera de sus casas sin el consentimiento del padre, del marido o del hermano.

Hay dos personajes en *Dos días de setiembre*, Lola y Mercedes, que cumplen la función de señalar la situación de dependencia de la mujer respecto al hombre.

Lola es uno de los personajes femeninos más presentes o aludidos en el relato. Cuando Lola decide irse a vivir con Joaquín, y hace planes para el futuro, le propone ayudar a una economía familiar previsiblemente muy débil trabajando, como era de esperar, de sirvienta. Joaquín, obrero del campo y *cantaor*

(6) Los documentos legales solían presentarse «a la firma de la mujer con la casilla de «profesión» ya cubierta con el consabido «sus labores», o el más humillante «sin profesión», ya que el término «profesional» aplicado a una mujer resulta un eufemismo para «prostituta», como uno de los pocos trabajos remunerados que desempeña...». Sueiro y Díaz Nosty, op. cit., vol. III, p. 222.

ocasional, no podía ganarse medianamente la vida con ninguna de esas actividades, y a pesar de ello no acepta la generosa oferta de Lola. «Ni hablar, vamos... Asunto concluido» (p. 300), le responde terminantemente. Lola obedece, y con el tiempo «se fue dejando llevar por la desgana..., vegetaba sin apenas darse cuenta de lo que hacía o dejaba de hacer, resignándose instintivamente a su letargo» (p. 102). Sólo cuando Joaquín, incapaz de encontrar trabajo y sin energías físicas y morales para cantar, llega a comprender que no tiene ninguna salida, accede a la propuesta de Lola: «Va a ser una solución», reconoce (p. 109) ante la evidencia de su fracaso.

El caso de Mercedes es más incomprensible e injusto. Todavía muy joven, Mercedes tiene condiciones para llegar a ser una extraordinaria *bailaora*. Algunos personajes señalan reiteradamente el gran futuro que la espera: «Bailando, oro de ley» (p. 115); «esa llega a donde quiera» (p. 82); «si levanta los brazos y dice aquí estoy yo se acabaron todas las que andan por ahí presumiendo de artistas» (p. 214). Pero lo más probable es que Mercedes no llegue a ninguna parte, porque su hermano no está dispuesto a tolerarlo: «mientras yo sea quien soy esa no baila ni el trompo». Su negativa se basa en los peligros que, según él, amenazan a la honradez de las *bailaoras*. Pero cuando alguien le sugiere que una mujer, si quiere, «se defiende solita», apela a un argumento más sincero y profundo, dice lo que de verdad siente: «La cosa no va por ahí...; mientras más corto se ate el ganado, mejor» (p. 300).

La reacción de Joaquín era explicable; tal vez había querido evitarle a Lola las humillaciones, que él conocía muy bien, implícitas en la prestación de servicios a una arrogante casta de señores que conservaba una idea medieval de la servidumbre. Pero el hermano de Mercedes actúa movido únicamente por el desprecio y la desconfianza que le merece la condición femenina, «ganado» al que hay que mantener sumiso y controlado para evitar males mayores, sin dejarle el mínimo margen de

libertad. Con el ejemplo de Mercedes –aunque extremado, muy verosímil–, la ficción consigue llamar la atención sobre los criterios autoritarios que prevalecían en la sociedad española.

Cuando cambiamos de nivel social, y la novela nos permite entrar en las grandes mansiones de los terratenientes, comprobamos que la situación de la mujer, aunque liberada de las servidumbres y de los horrores propios de la miseria, estaba decidida por los mismos principios autoritarios y patriarcales. El diálogo entre Gloria y Tana en la parte final de la novela ilustra algunos aspectos históricos de la marginación de la mujer en España.

Gloria, hija del poderoso terrateniente don Gabriel Varela, toma té y conversa con su amiga Tana. Hablan de vestidos, de dietas para adelgazar, de películas... Pero el tema central de su conversación recae sobre un asunto que les preocupa; no creían «que fuese justa la oposición de los padres a que las hijas trabajaran» (p. 335). Gloria ha conseguido vencer esa oposición no sin esfuerzo –«fue una verdadera odisea», comenta–, y dentro de pocos días va a comenzar a trabajar en la «base» norteamericana de Rota, muy próxima a Jerez. Tana no tuvo esa suerte, aunque –dice– «lo he intentado por todos los medios». Incluso había apelado al padre Ignacio, su confesor. Pero la mentalidad del padre Ignacio y la del hermano de Mercedes eran muy semejantes. El confesor también opinaba que si la familia de Tana se oponía a sus deseos, «sería por su bien, quién sabe los peligros que la esperarían en la base».

Así, las mujeres de la burguesía, pese a su privilegiada posición, no dejaban de padecer y de acusar los efectos degradadores del régimen patriarcal y autoritario al que también debían someterse. Su educación y su formación –o deformación– moral, a cargo de monjas y confesores, dirigidas a justificar y a perpetuar su sumisión y su desvalimiento (la novela delata la complicidad de la Iglesia en ese proceso), solía convertirlas en las más radicales partidarias del sistema que las alienaba, al que defendían con mayor rigor aún que los hombres. Gloria

confiesa que, cuando planteó el tema del trabajo, su madre «fue la primera en no querer oír hablar del asunto». Y tanto ella como Tana critican a las amigas que no respetan las reglas del juego; a Angelita Roncal, por su manera de vestir: «Esa con tal de enseñar... Hay que ver las blusitas que gasta, da vergüenza... Es un escándalo... una provocación que no hay derecho» (p. 336); y a Lupe –«otra que tal»–, porque lleva muchos años de noviazgo y «se le pasó la época» de casarse. En el mundo de Gloria y Tana, la mujer que a cierta edad seguía soltera era un caso risible o digno de compasión.

Las reacciones y palabras de Tana y Gloria revelan inmadurez, nivel intelectual muy bajo y falta de sensibilidad moral. La idea que Gloria tiene del trabajo es absolutamente frívola⁷. Para ella el trabajo parece ser sólo una diversión, un escape al aburrimiento de su vida de muchacha rica y ociosa. «Lo vas a pasar pipa», le dice con su envidia su amiga Tana. Gloria no sabe ni le importa el dinero que va a ganar –dos mil quinientas pesetas cada quince días– ni entiende lo que esa cantidad, entonces importante, podía significar para otros (para ella no significaba nada). Su única preocupación es «el equipo», los vestidos que debe comprar para ir a la Base.

El tema del cine, sobre el que acaba cayendo la superficial charla de las dos amigas, delata tal vez con mayor evidencia su insensibilidad moral y su hipocresía. «Las noches de Cabiria», película que acaban de ver –una de las obras maestras del neorealismo italiano, cuyo personaje central es una prostituta– les produce disgusto e indignación: «Un argumento de lo más desagradable...» comentan. «Y luego el ambiente... Un asco, a mí que no me vengán con que eso es cine». Lo que las deja indi-

(7) En la primera edición de *Dos días de setiembre* Gloria dice que su deseo de trabajar se debía a la necesidad de «demostrar que valía, que era capaz de algo de provecho» (p. 334). Ese pasaje está suprimido en ediciones posteriores, quizá porque Caballero Bonald acabó comprendiendo que tan dignas motivaciones no eran creíbles en un personaje tan vacuo e inmaduro como Gloria.

ferentes en la realidad, una realidad que tenían tan cerca, les parece intolerable en la ficción: «Esas cosas deberían prohibirlas en el cine», dice una de ellas, sin que se le ocurra pensar que donde deberían estar prohibidas es en la vida. Así son Tana y Gloria, así las han hecho: ignorantes, hipócritas o simplemente tontas, pero en todo caso víctimas también de unos mecanismos de opresión inequívocamente patriarcales.

Pese a sus limitaciones, Tana y Gloria insinúan los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española al finalizar los años cincuenta. La nueva generación que ellas representan comienza a estar en desacuerdo con las ideas de sus padres. «Yo no sé en qué siglo viven», dice una de ellas, comentando su intransigencia. De hecho, el trabajo de Gloria en la base significa, en familias como la suya, un fenómeno nuevo, una ruptura con la tradición (la mentalidad de las clases medias urbanas era diferente).

Caballero Bonald relaciona muy justamente esas novedades con la proximidad de la base americana, síntoma de los importantes acontecimientos políticos que desencadenaría la firma, en 1953, del primer tratado económico-militar entre España y Estados Unidos. La integración de la España de Franco en el bloque democrático occidental, aunque reforzó en principio la posición del dictador, también le obligó a liberalizar y modernizar las viejas estructuras políticas y sociales. Los efectos de ese proceso apenas se advertían en 1960, pero algo comenzaba a cambiar en España, como *Dos días de setiembre* indica por medio de Gloria y Tana⁸, a quienes irónicamente la novela presenta

(8) El inicio de un cambio está también marcado por las misteriosas actividades a cargo de un grupo compuesto por personajes de distintas clases sociales, que sólo tienen en común la juventud. El relato no lo explica, porque la censura no lo permitiría, pero se trata sin duda de actividades políticas clandestinas, que hacia 1960 comenzaban a crear serios problemas a la dictadura. Entre los conspiradores se cita con frecuencia a una mujer, Rosalía; Caballero Bonald se ha preocupado de dejar constancia de la aportación femenina a la lucha contra el franquismo.

como adelantadas, sin saberlo ellas mismas y sin siquiera pretenderlo, de un movimiento emancipador de la mujer que pronto se traduciría en actitudes más conscientes.

La tendencia social-realista de la narrativa española de posguerra ha dejado algunas obras que, sin perder su entidad de hechos literarios válidos en sí mismos, pretenden denunciar una situación social injusta basada esencialmente en la explotación de los desposeídos por parte de los poderosos. *Dos días de setiembre*, uno de los mejores logros de esa tendencia, consigue además exponer la especial situación de la mujer dentro de las complejas relaciones de opresión que definen una sociedad moralmente injustificable.

Los personajes femeninos de Caballero Bonald, los episodios en que aparecen y sus relaciones con los otros, siempre creíbles y verosímiles, están a la vez cuidadosamente diseñados para evidenciar ese hecho. La suya no es una visión del mundo «masculina» en el sentido limitador que suele tener ese adjetivo, sino la visión objetiva de un mundo masculino, abrumadoramente masculino, injusto, entre otras cosas, por ser así.

SUSANA RIVERA

Universidad de Nuevo México